

Lo efímero y la diversión

Claves para reconocer el presente

Este es el mundo que hoy tenemos: gris y espantoso... El autor se pregunta, con tono pesimista, si en un mundo así tiene sentido utilizar el tiempo para pensar, reflexionar y estudiar. Al final la respuesta clara y definitiva: ante la sociedad del espectáculo es necesario volver, como antaño, a los valores del aprecio y respeto por la cultura universal.

■ JOSÉ LUIS DA SILVA

Fue Schopenhauer quien comparó los seres humanos con los relojes de cuerda, ambos están en marcha sin saber por qué lo hacen. En este sentido, la vida como el transcurrir carece de significado. Los hombres, por ser simples engranajes de un tiempo que no les pertenece, no pueden manipular ni entender el por qué de su existencia. Los humanos como los relojes tampoco serían capaces de fijar propósito alguno porque no piensan por sí mismos. Solo les queda entretenerse con pequeñas cosas "...que se reciclan continuamente para rehuir así del aburrimiento..." (2005: 418). El hombre, al igual que el reloj, son ejemplos de una voluntad ciega y monótona. Pasajeros de un viaje sin destino, repetitivo, infinito, expresión de la naturaleza, por más que se defienda la ficción de una razón que todo lo ordena.

No podemos siquiera imaginar un reloj con criterio propio que se fije fines, porque inmediatamente lo echaríamos en el trasto de la basura. Serán bonitos, a la moda, precisos, visibles, monótonos, intranscendentes. "...Es realmente increíble cuán fútil e insignificante fluye la vida de la mayoría de los hombres, vista desde fuera, así como cuán sórdida y apática se siente por dentro..." (418). La mayor aspiración consiste en una vida saludable para el disfrute. En este contexto no parecen augurarse los mejores designios para la humanidad: tedio, fastidio, reciclaje de lo mismo, ninguna historia que contar, solo alguna que otra alegría menor en un mundo agobiado por la cotidianidad de las responsabilidades, de los sacrifi-

cios, de los dolores. El anonimato se considera la moneda de uso común, pues ninguna acción e historia individual resulta meritoria o digna de contarse y recordarse. En medio de tantas pesadumbres y contrariedades, el ser humano se construye un mundo imaginario donde habitan dioses, templos y oraciones, los cuales serán su único aliviadero en este mar de lágrimas que es el mundo. El hombre se cree un ser racional, cuando no pasa de ser voluntarioso e instintivo; se asume trascendente cuando realmente es intranscendente. Sus diálogos, la mayoría de los casos, se circunscriben al presente, lo cual deja entrever una falta de proyecto de vida y reconocimiento propio.

No cabe sospechar un panorama más lúgubre para la existencia, con una dosis de pesimismo extremo en el que la pregunta que surge, sin mucho esfuerzo intelectual, es la siguiente: ¿entonces, por qué existimos? Schopenhauer responde: por la ciega voluntad; mientras que la filosofía en general señala, desde sus propios orígenes, que hay intenciones, propósitos y fines que la razón y el conocimiento pueden explicar. Posiblemente Schopenhauer le está ripostando a Kant, cuando este alega un lento pero progresivo progreso de la humanidad, a través de los designios de la razón práctica, o a sus contemporáneos como Hegel y su astucia de la razón.

Sea para Schopenhauer, o en su defecto para Kant y Hegel, se trata de justificar o no la vida humana en su transitar mundano. En un caso solo queda resignarse y ver en la muerte una realidad na-



GALERÍA DE PAPEL. Adrián García (2013).

tural que disipe las vanidades, las ficciones racionales y supersticiones que rodean el mundo; o en cambio, para los otros, apostar por el conocimiento, el raciocinio la preservación del pasado y la apuesta de un futuro mejor donde el presente no es más que la bisagra que está entre el antes y el después.

Lo cierto es que en pleno siglo veintiuno, ambas opciones no lucen muy atractivas. La primera es por demás obvia: no parece recomendable recordarle constantemente a las personas que no olviden que en poco tiempo dejarán de existir, prepararse para la muerte, quiere decir: resignarse; la segunda, menos amarga pero no por ello menos desagradable por disciplinada, propone la formación de una identidad cultural sólida, consistente, sobre la cual han de empeñarse los mejores esfuerzos y estudios para comprender la esencia y sentido de la humanidad, y de esta manera, forjarse un destino, un proyecto de vida.

¿No es posible otra solución? ¿Tiene que ser todo tan gris y espantoso? Reconocemos la fluidez de la vida y sus riesgos de anonimato e intranscendencia, no obstante, más allá del pesimismo o de una postura laboriosa podemos contar con una tercera opción, ¿no sería mejor ser pragmáticos y menos catastróficos?, ¿por qué no elevar como primera opción de vida el entretenimiento, el pasarla bien sin mayores consideraciones?, en una palabra ¿por qué enredar las cosas si estas pueden ser tan simples? ¿Por qué sucede esto? Pues porque hoy lo importante no es el pasado y el futuro, sino el presente. Un presente que rompe sus nexos instalándose en un devenir sin secuencias ni consecuencias. No hablamos de instantes aislados y mucho menos de inconexiones entre los hechos, los discursos o las personas. Existe hoy como ayer, la historia, la política, la religión, las profesiones, las tradiciones, la moral y los saberes en general. Pero, aplanadas, sencillas y transparentes; sus profundidades solo pueden interesar a extraños especialistas. Hoy como ayer contamos con refinados restaurantes con exquisitos y muy elaborados platillos artesanales, los cuales pueden ser aderezados con diálogos que estimulan la reflexión, pero la gran mayoría prefiere la comida rápida, producida en serie y con el mismo sabor. Hoy como ayer se puede comprar las grandes obras de la literatura y el pensamiento universal, pero las preferencias por una frase que no sobrepase los ciento cuarenta caracteres goza del aprecio de



En un mundo así suena desatinado utilizar el tiempo para pensar, reflexionar y estudiar. La formación cultural, la literatura por ejemplo, se resume en imágenes y frases cortas, sin profundidad ni consecuencias mayores.

una mayoría que se actualiza tecnológicamente y se autodenomina civilizada¹.

Las consistencias de los acontecimientos no está en los nexos sino en sus emergencias. Demorarse por explicar las causas de un hecho es un exceso que no se pueden permitir los mecanismos de información, los cuales subsisten en el presente. El cambio como norma y la sensibilización del individuo son claves sin las cuales no cabría entender lo actual, y para ello no se requiere ni del pasado y sus tradiciones, ni del futuro y sus metas y valores.

Pero un presente sin registros y valores no es sinónimo de inmoralidad. Las respuestas morales son sinceras pero emotivas, de ahí que no establezcan compromisos o deberes entre los individuos de una sociedad. Una norma moral está más cerca de un lema publicitario que de un argumento ético. El deseo mueve a la acción sin por ello pretender la justificación de lo acontecido o la preservación y el ahorro de energías para el futuro. La moral se promueve en un espacio de absoluto derroche del presente.

El *es necesario* cede paso al hechizo de la felicidad, la obligación categórica al estímulo de los sentidos, lo prohibido irrefragable a las regulaciones a la carta. La retórica sentenciosa del deber ya no está en el corazón de nuestra cultura, la hemos reemplazado por las solicitaciones del deseo, los consejos de la psicología, las promesas de la felicidad aquí y ahora. Al igual que las sociedades modernas han erradicado los emblemas ostentativos del poder político, han disuelto las evidentes conminaciones de la moral.

La cultura sacrificial del deber ha muerto, hemos entrado en el período posmoralista de las democracias. (Lipovetsky, 1994: 47,48)

El lenguaje del presente resulta ser efímero como el deseo y la emoción, no hay un deber que cumplir, ni por el cual responder. En la cultura individualista enunciada por Lipovetsky encontraremos los anuncios de pasarla bien, disfrutar las vacaciones, vivir para el descanso y el placer, no hay arraigos sino movimientos, no hay compromisos sino disfrute. El trabajo es un mal pasajero y la tradición un pésimo acompañante:

En pocas décadas, hemos pasado de una civilización del deber a una cultura de la felicidad subjetiva, de los placeres y del sexo: la cultura del *self-love* nos gobierna en lugar del antiguo sistema de represión y de control dirigista de las costumbres, las exigencias de renuncia y austeridad han sido masivamente reemplazadas por normas de satisfacción del deseo y de realización íntima, ésta es la ruptura más espectacular del ciclo posmoralista... (1994: 49)

En un mundo así suena desatinado utilizar el tiempo para pensar, reflexionar y estudiar. La formación cultural, la literatura por ejemplo, se resume en imágenes y frases cortas, sin profundidad ni consecuencias mayores. Resulta extemporáneo seguir aquellos consejos que buscan reforzar los hábitos del gusto y el refinamiento. El recuerdo y la memoria, baluartes de la identidad de todo sujeto, son dejados a un lado, a menos que ello pueda servir para responder preguntas en un programa de concurso o los juegos de Internet sobre enigmas que buscan medir los *conocimientos* de los jugadores. Reconocer imágenes y palabras es más que suficiente; por ello, ya no se necesitan las explicaciones ni los procesos de construcción del conocimiento, realidad que ya advertía Mariano Picón Salas en los años cincuenta del siglo XX:

Calma, gracia, perfección, porque son virtudes que se están perdiendo en el estrépito de nuestros días, debemos re aprenderlas en el ejemplo de los grandes maestros. Con la calma necesaria para leer, pensar y decidir, con la cortesía y las formas, que son para la pulcritud del espíritu lo mismo que el baño diario y el uso del jabón para el cuerpo, acaso no se modifique radicalmente la Humanidad,

pero se ha hecho más diáfano, al menos el trato y la comprensión de los hombres (2008: 1361)

El leer solo puede entenderse como una actividad pasajera y los escritores solo están para entretener. Ni pensar en las teorías filosóficas, políticas, religiosas y mucho menos las científicas.

La novela, el ensayo y la monografía no es un asunto serio, más bien, es un artículo que solemos colocar en el bolso de viaje junto con el cepillo de dientes, el bronceador, o en su defecto, el abrigo de invierno. Si no es capaz el autor de hacer novelas divertidas tendrá irremediablemente que cambiar de profesión. El doble de Vila-Matas o Vila-Matas desdoblado en sí mismo nos relata en tono autobiográfico lo acontecido con un taxista en el camino hacia el hotel:

... ¿y en qué trabaja usted exactamente, señor?... Escribo –dije... Largo silencio... -Y dígame, ¿se lo pasa uno bien siendo escritor?... Parecía querer burlarse de mí. Preferí no contestar, pero me habría gustado explicarle sin complejos que, por ejemplo, cuando un escritor se encierra a trabajar en soledad está poniendo consciente o inconscientemente una gran fe en la humanidad... -Muy complicado, señor. Si yo fuera usted, trataría de ser taxista. Créame, se es más feliz sabiendo menos. O no sabiendo nada... (Vila-Matas, 2010: 6,9)

¿Se puede ser más sincero que el taxista y su buen consejo, tendremos argumentos para recriminarlo? ¿Por qué sería difícil hacerlo hoy?; pues, como dice Mario Vargas Llosa, vivimos en la civilización del espectáculo "...la verdadera razón para la pérdida total de interés de la sociedad en su conjunto por los intelectuales es consecuencia directa de la ínfima vigencia que tiene el pensamiento en la civilización del espectáculo..." (Vargas Llosa: 2012: 46). No existe aprecio por los signos culturales. Su utilidad está en distraer, amenizar, y hacer agradables las jornadas; todo aquello que se empeña en complicar las cosas es puesto sencillamente al margen. La cultura individualista refuerza este tipo de actitudes donde consumir está por encima de formar y educar; donde perderse en el anonimato es preferible a preservar los documentos que avalan y dan cuerpo a una cultura sólida. "...La raíz del fenómeno está en la cultura, o mejor dicho, en la banalización lúdica de la cultura imperante, en la que el



En un mundo en el que nada permanece, la solidez de las relaciones y las instituciones se transformaron en líquido que fluye sin resistencias. Una vez más las emociones individuales superan con creces todo intento de valores comunes en el seno de las sociedades.

valor supremo es ahora divertirse y divertirse, por encima de toda otra forma de conocimiento o ideal..." (136) El conocimiento es lúdico y pasajero, ya no es formativo ni constitutivo de la identidad de los individuos.

En el mismo orden de ideas, tenemos al sociólogo Zygmunt Bauman cuando nos habla de la *comunidad de guardarrropa* o *comunidad de carnaval*. En un mundo en el que nada permanece, la solidez de las relaciones y las instituciones se transformaron en líquido que fluye sin resistencias. Una vez más las emociones individuales superan con creces todo intento de valores comunes en el seno de las sociedades. En este peregrinar sin rumbo, los trajes representan lo que el individuo es en ese momento, sus humores están en su vestimenta. El hombre es lo que tiene puesto, su biografía no debe exceder los ciento cuarenta caracteres, si quiere tener un lugar en el escenario.

...La designación *comunidad de guardarrropa* capta perfectamente algunos de sus rasgos característicos. Los asistentes a un espectáculo se visten 'para la ocasión' ateniéndose a un código de sastrería distinto de los códigos que siguen diariamente... (Bauman, 2005: 210)

No cabe entonces pensar como antaño en los valores de aprecio y respeto por la cultura universal cuyas pretensiones descansan en la humanización. Quizás tenga razón Schopenhauer cuando ve en el ser humano pura voluntad, qué mejor que la sociedad del espectáculo para acogerlo

con los valores de lo efímero y la diversión.

JOSÉ LUIS DA SILVA

Doctor en Filosofía e Historia. Director del Centro de Investigación y Formación Humanística de la Universidad Católica Andrés Bello. Profesor de Postgrado y Pregrado de la UCAB.

Referencias

- BAUMAN, Z. (2005): *Modernidad líquida*. Buenos Aires: F.C.E.
- LIPOVETSKY, G. (1994): *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Anagrama.
- SCHOPENHAUER, A. (2005): *El mundo como voluntad y representación*. México: F.C.E.
- PICÓN SALAS, M. (2008): "Civilización actual". En: *Obras selectas*. Caracas: Publicaciones Ucab.
- VARGAS LLOSA, M. (2012): *La sociedad del espectáculo*. Bogotá: Alfaguara.
- VILA-MATAS, E. (2010): *Perder teorías*. Barcelona: Seix Barral.

Notas

- 1 A inicios de este año 2013 la cifra ya superaba los 500 millones de usuarios, lo que manifiesta que el Twitter es la red de *microblogging* más grande del mundo.



GALERÍA DE PAPEL. Adrián García (2013).